

E. MIRET MAGDA LENA

España es un país necesitado de convivencia. Convivencia política, religiosa y cultural dentro de una eficaz libertad de expresión.

No podemos seguir propugnando el "enfrentamiento" como actitud hispánica, porque ésa no es la única actitud española. En nuestro país siempre han existido dos corrientes antagónicas de tolerancia e intolerancia.

Y quienes todavía propugnan este enfrentamiento, en público o en privado, están haciendo un flaco servicio a la casi totalidad de los españoles que estamos unánimemente en una línea de paz y convivencia dentro del respeto a nuestras opiniones. Aunque, por desgracia, sólo sea con unanimidad moral, porque todavía hay pequeñas minorías que predicán y practican cuando pueden el enfrentamiento violento.

Este fue el tema que desarrollé en el Círculo Catalán en conferencia reciente, que fue pronunciada sólo con el disenso de un joven y de un sacerdote que, por lo bajo, le iba alentando a aquél en su enfrentamiento conmigo, y a pesar de la postura de unánime convivencia de los asistentes, que disentan de este ejercicio de la libertad contra la libertad. Allí se vio una vez más el amplio consenso moral que manifiesta el país en pro de la convivencia. Experiencia que siempre encuentro en forma parecida cuando voy por los campos y ciudades de España predicando esta superación de la hosquedad, el grito elemental y la intención apasionada violentamente enfrentadora.

El sociólogo y sacerdote Díaz Mozaz, en su acertado libro *La Iglesia de España en la encrucijada*, observa que "se utiliza aún por algunos la religión nacionalista". Esta religión cerrada, clave de la postura intolerante que pretenden algunos reivindicar como única postura española. Es la misma que aseguraba, con el mayor aplomo presuntuoso, que ese catolicismo cerrado "es y será perpetuamente" la religión de la nación española, según decían las pseudo liberales Cortes de Cádiz, y de cuya profecía queremos cantar muchos españoles el "en paz descansen".

Este modo de entender lo religioso es lo que se ha llamado nacional-catolicismo. Y que Díaz Mozaz describe así: "La religión se vincula en España a la nación; las guerras son cruzadas, al menos para una de las partes... Santiago Matamoros sustituyó a la imagen peregrina y humilde del Apóstol...". La identificación entre cultura nacional y catolicismo es la tesis de muchos autores que describen el ser histórico de España como martillo de herejes y "luz de Trento". Concilio que representó más que el martillo de herejes, el martirio de herejes, y —por eso— no puede ser ninguna gloria hispana.

¿Qué ha sido la religión para estos conservadores que pretenden acallar la voz creciente de los más? "Muchos, en la religión, sobre todo desde hace dos siglos, han buscado preferentemente una funcionalidad político-social, en cuanto que ayuda a fijar sistemas de valores sociales y estructuras socio-económi-

cas y políticas tradicionales. La proyección religiosa no iluminó tanto el campo de la igualdad y libertad, sino el de la beneficencia" (o. c.).

En vez de fomentar la raíz democrática, que el mismo Engels y Lenin supieron apreciar en el cristianismo con otros muchos pensadores, estos nacional-católicos quisieron acallar sus conciencias con una acción limosnosa a nivel del mundo del siglo I, y no del industrial y desarrollado del siglo XX. Fomentaron anacrónicamente el amor artesanal propio de aquellos tiempos antiguos, y no el amor estructural que debe existir en nuestra época. Continuaron con el paternalismo político como ideal cívico-cristiano, cuando nuestra época debía pretender la mayoría de edad de todos. En vez de ser precursores de nuestro mundo del desarrollo cívico y cultural, inspirándose en los grandes teólogos españoles clásicos, olvidamos esta

EMPERADORES DE CADAVERES

lección que nos dieron ellos hace cuatro siglos. Aquellos pensadores católicos que pidieron una democracia real, porque "lo que impone la mayoría se supone que lo quiere todo el cuerpo político", como decía Francisco de Vitoria, O. P. Y Roa Dávila enseñaba, con gran perspicacia de futuro, que "la libertad y el consentimiento constituyen el fundamento y la raíz de la justicia de un régimen", porque "el consentimiento general de los espíritus le da validez; no el temor, ni la violencia, ni la coacción" (*De Bellorum et Regnorum Justitia*). Ese temor, violencia y coacción con que algunos nacional-católicos querían todavía mantenernos y conducirnos, sin poder ejercer el más valioso don del cristianismo evangélico: la convivencia pacífica en la libertad de expresión, porque todo hombre tiene derecho —como decía Domingo de Soto, O. P.— a enseñar la verdad que posee y abrir cátedra para exponerla.

Dios es el Dios de todos los hombres bien intencionados, nunca el discriminador de personas o grupos, como querían estos conservadores que siguen la mala tradición de intolerancia. Podían leer quienes creen por ser intolerantes sentirse más españoles Las Cantigas, de Alfonso X el Sabio, asegurando que Dios acoge a "cristianos, judíos y moros", con tal de "que en Dios tengan bien firmes sus intenciones". O nuestro infante don Juan Manuel, quien en su Libro de los Estados asegura que "Jesucristo nunca mandó que matasen ni apremiasen a ninguno para que tomase su ley, porque El no quiere servicio forzado, sino el que se hace de buen talante y grado".

Debían rememorar también estos católicos hispanos partidarios de la cerrazón al Papa Nicolás I (que fue uno de los más grandes Papas, precursor de nuestros tiempos fomentadores de la dignidad y la libertad personal) cuando dice que "ni la ley divina ni la ley humana consisten esto, porque las confesiones —humanas o religiosas— no deben ser forzadas, sino espontáneas; no deben ser arrancadas por la fuerza, sino obtenidas voluntariamente" (Nicolás I, Carta a los búlgaros, 13 de noviembre del año 866).

Recordaba también en mi conferencia en el Círculo Catalán, y en el movido coloquio posterior, a nuestro compatriota el catalán Jaime Balmes, demasiado conocido por sus libros de apología religiosa y bien poco divulgado por su afán, tanto político como religioso, de convivencia entre los españoles todos y entre las regiones todas. Es él quien sostenía que "la discusión es una fuente de luz si se evitan el espíritu de parcialidad, la influencia del amor propio y los peligros que hay en tales casos de ofender lo ajeno". Su tesis era que —como dijo la Biblia— "Dios dejó el mundo a la disputa de los hombres", y la estructura social debe aceptar esta enseñanza de la sabiduría bíblica, que no es sino una rama más de la sabiduría humana. La intolerancia civil es anticristiana para Balmes; en cambio, la "tolerancia civil" —y que hoy llamaríamos más exactamente libertad civil— es la que fomenta esa libre expresión en la convivencia, lo mismo en materias religiosas que humanas, y que definía desde su punto de vista cristiano como "fraternidad universal y amor a todos los hombres", y que para todos "es un deber sagrado que se funda en la misma caridad".

No podemos los españoles caer nunca más en la tentación que tuvo también San Agustín contra los donatistas al fin de su vida. Debemos mantenernos en el principio que gobernó sus mejores años cristianos, sin vacilar ni caer en el fácil camino de la restricción, el freno y el paternalismo propio de la infancia. Decía este gran pensador cristiano que "defendía yo que se había de obrar de palabra, luchar discutiendo y vencer con la razón". Sí, compatriotas nacional-católicos, lo que tenemos que hacer es "luchar discutiendo y vencer con la razón", y no con la coacción ni la presión.

Sería un buen ejercicio de reflexión el que proponía este maestro del pensamiento cristiano: "¿Cuántos extraños parece que están dentro y cuántos de los nuestros parece que están fuera hoy?". Así, y únicamente así, superaremos las barreras que tozudamente quieren algunos seguir manteniendo, impidiendo con ellas la convivencia pacífica de todos los españoles, sin exclusión alguna de aquellos que están dispuestos a ella, en el más absoluto respeto a la dignidad de personas libres.

No queremos más voceros de una política de "emperadores de cadáveres", como denuncia el poeta mexicano José Emilio Pacheco. ■